



Ignatius
de Loyola

(En el IV Centenario de su Compañía)

De los himnos triunfales entre el sonoro río
y el volar vocinglero de campanas,
que cantan tus proezas, tu temple y señorío,
a ti, el de las conquistas en las tierras lejanas,
el zurcador de trozos de rota cristiandad,
sencilla y en voz baja te traigo mi alabanza
con amor de discípulo, con audacia filial.

Alabarte no quiero,
cumplido caballero,
el primero en la danza
y en la guerra el primero.

Ni al héroe de Pamplona, ni al converso en Loyola,
ni al sabio iluminado, ni al penitente austero,
ni al infanzón de Dios.

Es a ti, Padre Ignacio, el que llevas prendida
en tu mirada grave la visión de Dios Trino,
divinamente humano. El dulzor de tu vida
nimbó la austeridad con un halo divino.
Tú eres como las nueces: tras la corteza dura
se halla la suavidad del corazón.

LOA AL P. Ignacio

Una clara mañana,
 preparándote al Santo Sacrificio,
 te llegó la noticia que un novicio
 —Perico, el 'bien amado—
 llegaba de la Bélgica lejana.
 Con presteza, a pesar de tu cojera,
 y con los Ornamentos, le estrechaste en tus brazos;
 no te sufría el corazón siquiera
 esperar de la Misa el breve plazo
 para mirar el rostro del hijo fatigado.
 Aquel hijo travieso, que hasta migas tirara
 a tu calva cabeza,
 y cuando alguien notara
 con una torva cara
 que era ya insufrible una tal travesura,
 "Perico dará peras", dijiste con dulzura.

Cuando un joven teutón,
 obsedido de prava tentación,
 firmemente creía
 que toda su desdicha de tu odio proenía,
 floreció tu palabra en la ternura
 y, como suave prueba de paternal cariño,
 le besaste en la frente como se besa a un niño.

Padre Ignacio, perdona mi osadía,
 mas yo no sé mirarte bajo ese ceño austero
 con que hasta tus mismos hijos te acostumbran a mirar.

Yo admiro, mas no amo, al heroico guerrero,
 al insigne estratega, invicto general.
 Me atrae intensamente tu paternal sonrisa
 y la luz de tus ojos, donde irisa
 radiante y temblorosa la visión de Dios.
 Y tu éxtasis divino
 ante un capullo en flor,
 y aquel gotear de lágrimas al ver
 un cielo breve en la ventana abierta.

Tu ternura es un rayo de sol
 que, juguetón e inquieto, se te entró por la puerta
 de la celda severa de tu vida.

Padre Ignacio,
 terso brillo y dureza de topacio,
 dominador del tiempo y del espacio,
 ésta es mi loa humilde de cariño transida.

Será nota perdida
 entre las voces de oro
 que entretejen tu cántico imperial y sonoro;
 a tí, el de la sonrisa de padre y de maestro;
 el de clara pupila estremecida
 por la visión de Dios;
 el de corteza dura y suave corazón,

Los Teques, 16 de diciembre de 1940.

Luis E. Henríquez F., Pbro.